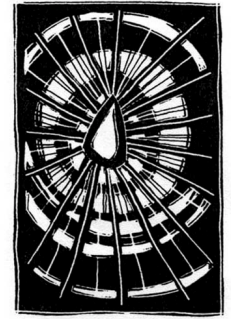


Natividad del Señor - Misa del día A - B - C



*En el principio ya existía la Palabra,
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios. (Jn 1,1)*

Primera lectura

Isaías 52,7-10

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregona la victoria, que dice a Sión: "Tu Dios es Rey"! Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén: el Señor desnuda su santo brazo a la vista de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios.

Segunda lectura

Hebreos 1,1-6

En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo. El es reflejo de su gloria, impronta de su ser. El sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de Su Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles cuanto más sublime es el nombre que ha heredado.

Pues, ¿a qué ángel dijo jamás: "Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado?" O: "¿Yo seré para él un padre y él será para mi un hijo?" Y en otro pasaje, al introducir en el mundo al primogénito, dice: "Adórenlo todos los ángeles de Dios".

Evangelio

Juan 1,1-5.9-14

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios.

Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho.

En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió.

La Palabra era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron.

Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre.

Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios.

Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Meditación

La Navidad celebra el acontecimiento histórico de la manifestación de la salvación de Dios en Jesús de Nazaret.

El centro de la Navidad lo constituye el alumbramiento de Jesús, Hijo de Dios, en Belén de Judá. ¿Por qué no contemplar el insondable misterio de un Dios nacido en la carne? El que ha nacido de la Virgen es Hijo de Dios e Hijo del hombre. Afirmamos las dos realidades juntas, sin merma de ninguna de ellas, sin deterioro, sin que deje de ser realmente Dios y realmente hombre. La fe descubre, sin escándalo, a la Majestad divina, humillada; a la Omnipotencia, débil; a la Eternidad, mortal; al Impasible, padeciendo; al Bendito, maldecido; al Santo, hecho pecado por nosotros; al Rico, empobrecido para enriquecernos; al Señor, tomando forma de siervo para liberarnos de la esclavitud.

En el relato de este singular alumbramiento desfilan muchos personajes. Sobre todos ellos destaca la Mujer creyente que lo llevó en su seno y lo dio a luz, recostándolo en pañales. Ella es figura de la comunidad de los creyentes, dando testimonio de Cristo en la historia y engendrando en su seno a los hombres de la nueva creación.

La Navidad, con toda su sencillez, es más que un tiempo ingenuo o explotado por la sociedad de consumo. La fe – a pesar de la debilidad de los signos de la salvación –, la contemplación de la Palabra de Dios, la ternura ante Jesús – hermano nuestro –, la alegría humilde, la intensificación de las relaciones fraternales, componen el acorde espiritual de esta sinfonía pastoril.

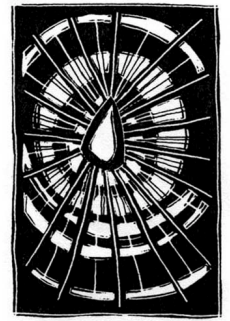
Hoy, queridos hermanos, ha nacido nuestro Salvador; alegrémonos. No puede haber lugar para la tristeza, cuando acaba de nacer la Vida; la misma que acaba con el temor de la mortalidad y nos infunde la alegría de la eternidad prometida.

Nadie tiene por qué sentirse alejado de la participación de semejante gozo, a todos es común la razón para el júbilo, porque nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, como no ha encontrado a nadie libre de culpa, ha venido para liberarnos a todos.

Que se alegre el santo, puesto que se acerca la victoria. Alégrese el pecador, puesto que se le invita al perdón. Anímese el gentil, ya que se le llama a la vida.

(Del Sermón de la Navidad de San León Magno)

Natividad del Señor - Misa del día A - B - C



*En el principio ya existía la Palabra,
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios. (Jn 1,1)*

Primera lectura

Isaías 52,7-10

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregona la victoria, que dice a Sión: "Tu Dios es Rey"! Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén: el Señor desnuda su santo brazo a la vista de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios.

Segunda lectura

Hebreos 1,1-6

En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo. El es reflejo de su gloria, impronta de su ser. El sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de Su Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles cuanto más sublime es el nombre que ha heredado.

Pues, ¿a qué ángel dijo jamás: "Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado?" O: "¿Yo seré para él un padre y él será para mi un hijo?" Y en otro pasaje, al introducir en el mundo al primogénito, dice: "Adórenlo todos los ángeles de Dios".

Evangelio

Juan 1,1-18

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios.

Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho.

En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron.

Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios.

Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Juan da testimonio de él y grita diciendo: – Éste es de quien dije: "El que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo."

Pues de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia: porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

A Dios nadie lo ha visto jamás:

El Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Meditación

La Navidad celebra el acontecimiento histórico de la manifestación de la salvación de Dios en Jesús de Nazaret.

El centro de la Navidad lo constituye el alumbramiento de Jesús, Hijo de Dios, en Belén de Judá. ¿Por qué no contemplar el insondable misterio de un Dios nacido en la carne? El que ha nacido de la Virgen es Hijo de Dios e Hijo del hombre. Afirmamos las dos realidades juntas, sin merma de ninguna de ellas, sin deterioro, sin que deje de ser realmente Dios y realmente hombre. La fe descubre, sin escándalo, a la Majestad divina, humillada; a la Omnipotencia, débil; a la Eternidad, mortal; al Impasible, padeciendo; al Bendito, maldecido; al Santo, hecho pecado por nosotros; al Rico, empobrecido para enriquecernos; al Señor, tomando forma de siervo para liberarnos de la esclavitud.

En el relato de este singular alumbramiento desfilan muchos personajes. Sobre todos ellos destaca la Mujer creyente que lo llevó en su seno y lo dio a luz, recostándolo en pañales. Ella es figura de la comunidad de los creyentes, dando testimonio de Cristo en la historia y engendrando en su seno a los hombres de la nueva creación.

La Navidad, con toda su sencillez, es más que un tiempo ingenuo o explotado por la sociedad de consumo. La fe – a pesar de la debilidad de los signos de la salvación –, la contemplación de la Palabra de Dios, la ternura ante Jesús – hermano nuestro –, la alegría humilde, la intensificación de las relaciones fraternales, componen el acorde espiritual de esta sinfonía pastoril.

Hoy, queridos hermanos, ha nacido nuestro Salvador; alegrémonos. No puede haber lugar para la tristeza, cuando acaba de nacer la Vida; la misma que acaba con el temor de la mortalidad y nos infunde la alegría de la eternidad prometida.

Nadie tiene por qué sentirse alejado de la participación de semejante gozo, a todos es común la razón para el júbilo, porque nuestro Señor, destructor del pecado y de la muerte, como no ha encontrado a nadie libre de culpa, ha venido para liberarnos a todos.

Que se alegre el santo, puesto que se acerca la victoria. Alégrese el pecador, puesto que se le invita al perdón. Anímesese el gentil, ya que se le llama a la vida. (Del Sermón de la Navidad de San León Magno)